

Rafael Alberti

El poeta gaditano cumple 90 años

(Viene de la pág. anterior)

inocente» de la mirada de su perro Niebla, versos rotundos en su sabor clásico, y aún de acertar decisivamente, llegando al grado más alto de la precisión lírica, con *Galope*, canción, tal vez, de las más difundidas de nuestra historia.

Y si nos ocupamos de la etapa bética, haciendo ahora abstracción de sus actividades teatrales, del *Mono Azul* y la Alianza y de tantas otras iniciativas, cómo no aludir, aunque sea con inevitable brevedad, al benemérito episodio del salvamento de nuestro tesoro artístico y, en particular, al de los cuadros del Museo del Prado, acontecimiento luego tan interesadamente olvidado por nuestras acomodaticias autoridades, a raíz de la muerte de Franco instaladas en la desmemoria. «El Museo del Prado es más importante para España que la República y la Monarquía juntas». ¿Quién recuerda hoy esta frase? Es de Azaña, presidente de la República, y además de frase, constituyó una realidad.

El 16 de noviembre de 1936 es una fecha difícilmente olvidable para cualquier persona que entonces habitase en aquel Madrid, «rompeolas de todas las Españas», tan duramente cercado. Al anochecer la aviación franquista efectuó un ataque en tromba sobre el centro de la ciudad. Varias bombas incendiarias de fabricación alemana y diversos proyectiles fueron a caer en El Prado o en sus proximidades. «Catorce bombas incendiarias», le dijo a Alberti uno de los milicianos encargados de su custodia a la mañana siguiente, «llevamos recogidas hasta ahora».

□ Bombas sobre El Prado

El arquitecto José Lino Vaamonde, antiguo encargado jefe de su protección, ha publicado *Salvamento y protección del Tesoro Artístico* (1973), que muestra en toda su tremenda crudeza la magnitud real del peligro. Además del Prado, el terrible bombardeo de la noche del 16 de noviembre afectó a la Biblioteca Nacional, el Museo Antropológico y, en especial, a los nobles edificios de las Descalzas Reales y la Academia de Bellas Artes de San Fernando.

La situación, en consecuencia, se agravó hasta unos límites insospechados. Ya no se trataba de recoger las obras de los palacios incendiados, ni de ir por los pueblos evitando la destrucción de las imágenes religiosas. Era preciso sacarlas del mismo corazón de Madrid, porque ni siquiera los cuadros del Museo del Prado se encontraban a salvo.

El traslado de los cuadros desde Madrid a Valencia se realizó con todo tipo de precauciones. Se hizo una selección rigurosa, construyéndose después más de dos mil cajas de madera con las medidas apropiadas a cada caso, ignifugadas y embreadas e instaladas en vertical sobre los camiones.

Técnicamente la evacuación fue dirigida por el pintor Timoteo Pérez Rubio, marido de Rosa Chacel, en desgraciado pago de tan decisivos esfuerzos abandonado después a su (mala) suerte por los diversos gobiernos de la transición. En ocasiones surgieron grandes dificultades. María Teresa León recuerda, por ejemplo, el caso del camión que transportaba nada menos que *Las Meninas* y el *Retrato de Carlos V* de Tiziano, cuya parte superior chocaba contra la estructura metálica del puente colgante de Arganda, batido además por el fuego del enemigo. Hubo que desmontar los cuadros y hacerles cruzar el puente sobre rodillos. La operación duró cerca de cuatro horas.

Esa lívida madrugada, cuando la expedición se disponía a partir, Alberti, que jamás improvisa, reunió a todos los soldados en el patio

de la Alianza: «El Estado español os confía esta noche dos de las obras maestras de nuestro tesoro nacional. Los heroicos defensores de Madrid han de defender también su Museo. El mundo saludará en vosotros a los verdaderos salvadores de la cultura». Ningún Estado europeo sería capaz de realizar un esfuerzo semejante durante los próximos años de la II Guerra Mundial.

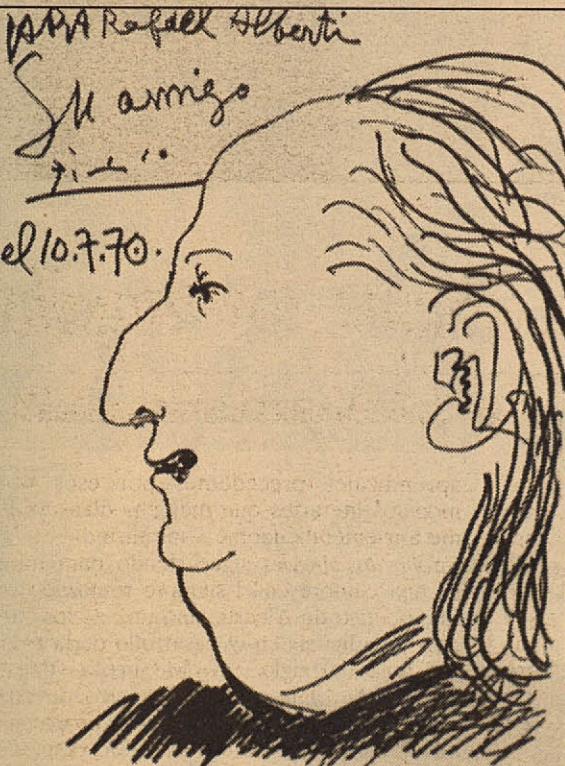
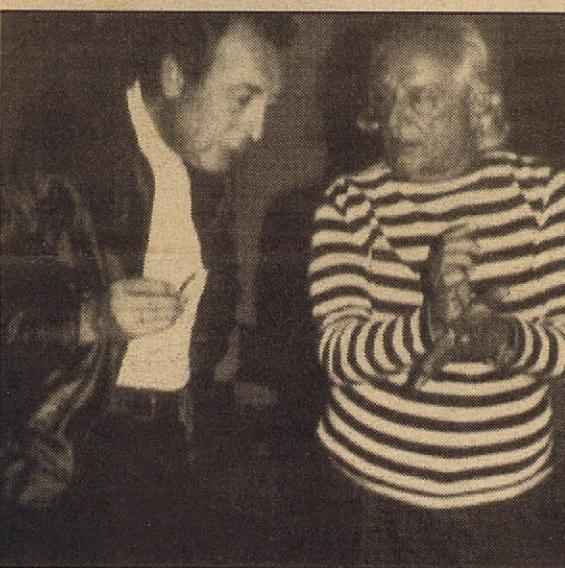
Tras una dramática huida en el último minuto y a contrapelo, y al cabo de unos meses de difícil supervivencia en Francia, locutor con María Teresa León en la Radio París-Mondiale, el esplendor de los nazis le empuja hasta el puerto de Marsella, donde el 10 de febrero de 1940 embarca en el *Mendoza* para navegar a oscuras, a merced de los submarinos, hasta las costas de Argentina. El puerto de Buenos Aires le dispensó un recibimiento fraternal y caluroso (renovado el pasado mes de noviembre). Al otro lado del mar, en su mismo idioma, le aguardaba una nueva vida. Desde 1940 hasta 1963. Argentina fue (y es) la segunda patria de Alberti.

Una segunda patria, como era de esperar, repleta de poemas, cruzada de estrenos teatrales y llena de dibujos; *Entre el clavel y la espada* (1941), *La arboleda perdida*, Margarita Xirgu y su recordada escenificación de *El adesfeso* (1944), *A la pintura* (1948), *Retornos de lo vivo lejano*, la inencontrable carpeta de *Liricografías* (10 dibujos) de la Galería Bonino, *Noche de guerra en el Museo del Prado* (1956), la prodigiosa adaptación de *La lozana andaluza* (1962)... Hacia Argentina le ha quedado un sentimiento de gratitud inextinguible. El primer soneto de *Roma peligro para caminantes*, «Lo que dejé por ti», contiene tanta nostalgia como esperanza: «Dejé por ti todo lo que era mío,/ dame tú, Roma, a cambio de mis penas,/ tanto como dejé para tenerte». Mayo de 1963, comenzaba la segunda etapa de su largo exilio, ahora más cerca de España.

Luis García Montero ha sabido señalarlo con exactitud: «El otro símbolo de esta época es Picasso». Para Alberti su amigo Picasso representa la libertad absoluta y sin ataduras, la creación total. Los objetos renacen cuando su mano los pinta. Es el paraíso pánico, la representación plástica de las más recónditas quimeras, su más allá, el lado oscuro, no ya de la realidad, sino hasta del deseo.

Picasso y Alberti se conocieron en París en 1931, en el patio de butacas del Teatro Atelier, en uno de los entreactos de una obra de Shakespeare, *Como gustéis*. Ojos, todo ojos. Las «redondas pupilas duras e insufribles» del pintor, el «resplandor taladrante de sus pupilas», representan una imagen todavía nítida para Alberti: «Siempre es todo ojos./ No te quita ojos./ Se come las palabras con los ojos». ¡Ah!, exclama cuando se le pregunta, «qué asombrosa juventud la de Picasso». Y qué asombrosa, también, la juventud de Alberti. Apenas unos años les impidieron regresar juntos a España. Entre los fondos albertianos que se conservan en El Puerto de Santa María hay entrañas huellas de tan ejemplar amistad.

Lo demás, desde el regreso (27 de abril de 1977) hasta hoy, es historia abierta y cotidiana. «¿A dónde va Rafael?», se preguntaba, en los momentos iniciales, Pedro Salinas. «Disparado», se autorrespondía, «disparado por la poesía que le escogió para soltarlo de su arco como una de las saetas más agudas, más brillantes, más silbadoras, que han cruzado los aires de la lírica española». Así continúa: «Comprometido con la luz primera». Y ahora, al lado de Altair, ha borrado desasosiego a la noche. Sin duda, unas nuevas canciones están próximas.



De arriba abajo, Alberti con Louis Aragon en Barcelona, en 1979; con Vittorio Vidali, «comandante Carlos», su gran amigo desde la Guerra Civil; el poeta de El Puerto de Santa María con el pintor Manuel Rivera; y el dibujo que Picasso le dedicó en 1970 / CÍRCULO DE LECTORES

Salud

● José A. Goytisolo ●

C UAN despacio pasó para ti el tiempo entre 1939 y 1977! Para ti y para muchos españoles que malvivimos metidos en la noche oscura de privación del aire limpio de la libertad. ¡Y qué rápido discurren hoy los años, los meses, los días y las horas!

No estamos ahora en tiempos demasiado felices, pero yo no los cambio, ni muerto, por los que quedaron atrás. El camino de todo un país a lo largo de su historia es duro, pero soy optimista. No me encuentro entre los que se dejaron llamar o se llamaron a sí mismos «desencantados» de hoy, por el simple hecho de que durante la dictadura del General no estuve nunca encantado y mal podía desencantarme; confío en que nuestros sobrevivientes vivan en un país mejor, y de eso estoy seguro, pero en un mundo que ¡ay! no veo claro que vaya a mejorar.

Tú peleaste, con la pluma y con el corazón, contra la tiranía, y otros, los de aquí adentro, peleamos como pudimos.

Tú sabes mejor que yo que hay otros muchos muros que han de caer después del de Berlín. En el camino «hacia la luz y hacia la vida» como escribió Antonio Machado, hay a veces sucesos que parecen milagros pero también se dan saltos atrás. No creo que la historia de los pueblos se salve ni por milagros ni por retrocesos.

Por dios, ahora me acuerdo de la primera carta que me escribiste desde Buenos Aires, desde tu casa de la calle Puyredon: me quedé atónito y encantado por tus palabras y tus dibujos o «líneas de colores», como tú llamas en esa carta a los preciosos dibujos en color que orlan «entre esas rayas», ese regalo que me hiciste. Yo no te conocía, y no supe al momento cómo diste con mi dirección, hasta que leí el texto completo: allí decías «En París, tu hermano Juan, primero, y José María Castellet después me dieron sus libros *El retorno* y *Salmos al viento*, y también tu dirección en Barcelona». Luego, unos elogios que me ruborizaron por lo exagerado.

Te contesté enseguida, y más tarde, al poco de llegar tú a Roma, fui a verte a tu casa de la calle Monserrato número 20. Sería, creo, en 1962. Luego, y varias veces, me recibiste como sólo tú sabes en tu casa en el Trastevere.

Pasa el tiempo y vuelves a España. Después de los abrazos y de tantas cosas que de ti escuchábamos, te acompañé en tu primer viaje a Granada. ¿Recuerdas?, allí cumpliste lo que habías escrito en ese poema bellísimo que canta Paco Ibáñez: «Entraré en Granada».

Esta noche está colmada mi memoria de toda tu hermosa poesía, de tus arboledas que no van a perderse nunca y hasta de tus obras de teatro. Te felicité por primera vez en tus sesenta años, luego en tus setenta y también en tu ochenta aniversario. Te lo pido: sigue escribiendo mil años, por tu madre. «Salud, Alberti, entre nosotros/ sobran palabras, no hay adiós».